

30-VI-77 - ABC

DICE un viejo refrán que cada uno habla de la feria según

DESPUES DE LAS ELECCIONES

de fuerzas políticas: dos que andan por el 30 por 100 (U. C. D. y P. S. O. E.); dos

le va en ella. Creo que, en esta ocasión, debemos todos levantar al máximo el tono ético y el estilo social. Así lo intentamos, sobre todo, aquellos para quienes «España es lo único importante».

Mientras el más ilustre (científicamente) de mis discípulos, el profesor Linz, no nos dé su autorizada versión de la sociología política de estas elecciones, y mientras la Historia misma no nos dé su propia y más definitiva interpretación, ahí van algunas consideraciones provisionales.

Comencemos por «los hechos», que deben ser admitidos friamente, antes de pasar a «las interpretaciones», que son libres.

Un primer hecho es que el electorado español ha ejercido masivamente su derecho de sufragio. La participación electoral ha alcanzado un alto nivel del 77 por 100. Ello es satisfactorio y significativo; y la participación hubiera sido todavía mayor si hubiera habido mayor flexibilidad en la creación de secciones y mesas, sobre todo, en las áreas rurales.

Un segundo hecho indudable es que se han confirmado las ventajas que lleva, en nuestro país, el Gobierno a la hora de hacer unas elecciones. El determina las reglas de juego, dispone de resortes importantes y ahora, además, de la televisión.

Otro hecho cierto es la utilización intencionada de los previos sondeos de opinión. Es un tema discutido en todos los países cuál es su verdadera utilidad e influencia. En el caso de una primera elección no hay duda alguna de que han podido, en más de un caso, orientar más que predecir el voto (indeciso).

Cuarta consideración de hecho. Como muchos esperábamos hace tiempo, en una sociedad de clases medias los extremos no suelen alcanzar una gran votación. Ni la extrema derecha ni los que acamparon a la izquierda del comunismo existen ya.

Quinto, y también esperado. Los planteamientos del problema religioso y de las relaciones Iglesia-Estado son muy diferentes en la España de hoy, respecto

de la predominante entre 1810 y 1953. El escaso voto de la Democracia Cristiana lo confirma plenamente. Ni la sociedad urbana e industrializada, por una parte, ni la Iglesia posconciliar, son las mismas decimonónicas.

Sexto dato: a pesar del desarrollo social, las líneas de voto han tenido, en más de lo conveniente, tendencias clasistas. Y también ha pesado, en más de lo deseable, el viejo factor regionalista, sobre todo en Cataluña y en el País Vasco.

Hasta aquí, los hechos. Cada uno dará su interpretación. La mía es la siguiente.

Primero: el pueblo español, a pesar de las tendencias naturales al cambio, en una transición histórica como la presente, ha votado claramente en contra de la ruptura. Los partidos rupturistas no han rebasado el 40 por 100 del voto útil. España ha votado por la Monarquía, por la evolución, por la continuidad sociológica, por la reforma.

Segundo: se abre un período lleno de dificultades económicas, sociales, administrativas y políticas. Es de esperar que todas las fuerzas políticas asuman, desde cualquier posición, una actitud de servicio al país, por encima de todo. Puedo prometerlo en nombre de Alianza Popular, por encima de cualquier apasionamiento e interés coyuntural.

Tercero. De momento (a reserva de lo que ocurra con las meras coaliciones electorales) resulta un original sistema

alrededor del 9 por 100 (A. P. y P. C.), y un grupo de partidos menores, algunos de ellos con seria incidencia en sus respectivas regiones (singularmente en el País Vasco y en Cataluña).

El sistema proporcional, corregido, ha actuado (por esta vez) con menos peligrosidad de lo que podría haber ocurrido.

Cuarto. Nadie tiene un mandato claro para gobernar. El partido más votado no ha llegado a la tercera parte de los votos totales emitidos. Serán necesarios arreglos y acuerdos para conseguirlo, a la vista de los importantes problemas que el país tiene planteados.

Dicho esto, a cada grupo político y a cada español le corresponde una parte de responsabilidad en lo que venga. «El precio de la libertad es una eterna vigilancia»; y el precio de la democracia es una atención y dedicación permanente de todos los ciudadanos.

Las fuerzas políticas deberán, por ello, dirigirse de buena fe a sus bases. La campaña y los días electorales han mostrado un capital humano de entrega, de ciudadanía, de verdaderas virtudes populares, que de ningún modo se puede perder. Las próximas elecciones deberán, sin duda, organizarse mejor y contando de verdad con todo el mundo.

Comienza una nueva fase de la vida pública española. Todos debemos meditar sobre el mejor modo de hacerla fructífera. La Historia no es un eterno retorno, ni está escrita de antemano. Hagamos todos lo posible por acertar esta vez.

Deberíamos hacer un especial esfuerzo por llevar todas las cuestiones a caminos de reconciliación, entendimiento y cordialidad. Hay base para ello en una España en la que, gracias a Dios, la herencia básica es sana, aunque perfectible, como todo lo humano.

Y termino. Todos hemos aprendido mucho y tenemos que aprender más en los próximos meses. Desde ahora, yo me propongo aprender cada vez más de nuestro gran pueblo, España.

Manuel FRAGA IRIBARNE